

Don Enrique Guzmán

CARLOS CUADRA PASOS

Don Enrique Guzmán fue el primogénito de un matrimonio que gozaba en la República de una alta posición política, social y económica. Su padre fue don Fernando Guzmán, que figuró en primera línea en nuestra política. Personaje de vanguardia en la lucha contra los filibusteros, salvador de la República en virtud de la unión de los Partidos, de que fue tal vez la más alta inteligencia en la ciudad de León, en la década medianera del siglo XIX.

Su madre doña Fernanda Selva, hija de don Silvestre Selva, que fue Director del Estado. Era doña Fernanda una bella mujer, muy agraciada en su trato, ingeniosa, causaba alegría a su alrededor.

Vivía el matrimonio en la ciudad de Granada, en el lugar más céntrico, llamado Plazuela de los Leones, en una casa amplia, en donde nacieron y crecieron en el regocijo cuatro hijos varones, todos ellos inteligentes, y con excepción de don Enrique, herederos del festivo carácter de la madre; además dos hijas mujeres del mismo tono que los varones.

Don Enrique nació en el año de 1843, cuando culminaban los desórdenes políticos y sociales que siguieron a la fecha de la Independencia en la lucha feroz entre una demagogia desordenada y una reacción que tiraba violenta hacia la derecha; y muy en seguida se entró al período más trágico de Nicaragua perturbada hondamente por la invasión del filibustero William Walker, que eclipsó momentáneamente nuestra soberanía y planteó el terrible problema de la esclavitud, ajeno al alma nicaragüense.

Don Fernando Guzmán se destacó entre los peligros de esos difíciles tiempos como un patricio verdadero, desinteresado, constante, valeroso. Para rematar tan tristes días, acompañado por el General Tomás Martínez, cargó responsabilidades amargas para realizar la unión de los dos Partidos Históricos, en el noble propósito de arrojar a los filibusteros, y salvar a su patria; limpia la soberanía, y rota para siempre, y aún antes que en los Estados Unidos, la esclavitud.

Formación Literaria

Los esposos Guzmán Selva pusieron su preferencia en don Enrique, al extremo de producir celos en los hermanos. En Nicaragua por la expulsión de los frailes hubo años de oscuridad en la enseñanza. Pero en un esfuerzo de los padres de familia granadinos, lograron fundar lo que se llamó la Universidad de Oriente. En ella se impartía una enseñanza estrictamente clásica: conocimiento profundo del idioma Español, y también del Latín y algo de Griego.

Don Enrique sobresalió por varios años en esos es-



tudios. Para fe de la buena formación literaria de don Enrique copiaré aquí los atestados que le fueron otorgados con mención honorífica, en esa Universidad.

"Juan Alvarado Br en artes y sagrados cánones y catedrático sustituto de gramática latina y española en la Universidad Oriental

Certifico y juro en forma competente: que el jovencito Enrique de Guzmán ha sido examinado privadamente por el que atesta, en gramática española, según estilo universitario: que después pasó a obtener el certamen público de orden del Sr. Rector, verificado por los SS. Brs. don Mercedes Zelaya y Román Ortega, quienes tuvieron que aprobarlo unánimemente porque lo encontraron con todas las aptitudes necesarias manifestando de este modo el susodicho jovencito sus grandes y brillantes capacidades, y sus ardientes deseos de saber, como también su singular adhesión al estudio como lo está publicando el honroso triunfo que ha conseguido sobre los grandes escollos que presenta la mencionada gramática.

Y en fe de ser ésta la verdad, doy al interesado el presente atestado que firmo en Granada a los nueve días del mes de Diciembre de mil ochocientos cincuentidos.—
(f) Juan Alvarado (Rúbrica). — José A. Lezcano, Rector.

Juan J. Samayoa Director del Liceo de San Agustín.
Certifico y juro que el joven D. Enrique Guzmán ha cursado las clases de Matemáticas y Física que presido, la primera desde el mes de Julio de mil ochocientos sesenta y uno hasta el mes de Octubre del mismo año en que fue

públicamente examinado, y la segunda desde Abril de mil ochocientos sesenta y uno hasta la fecha; también certifico que ha cursado la clase de Filosofía durante diez meses, y creyendo que posee los conocimientos necesarios en ésta como en las anteriores materias le considero apto para ser en ellas examinado.

Para constancia del interesado doy la presente que firmo en Granada a los catorce días del mes de Agosto de mil ochocientos sesenta y dos.—(f) J. J. Samayoa (Rúbrica).

Don Enrique, el verbo de su padre

Por una feliz coincidencia, que abrió amplia puerta al destino de don Enrique, concluyó sus estudios cuando su padre lograba la más alta posición de la República, por los méritos de prócer. Esta oportunidad consistió en que don Enrique pusiera en actividad sus superiores conocimientos literarios, que por regla general eran de pobre ejercicio en Nicaragua, siendo el joven lo que pudiéramos llamar verbo de su padre, que encontró en su hijo la facultad de dar elevada, precisa y elegante expresión a sus pensamientos y a sus acciones. Según parece a don Fernando le faltaba ese don, y su hijo Enrique se lo suplió, con gracia y acierto, alcanzando victorias resonantes de estilo, para informar al continente de habla española de sus actos honrados, y de sus nobles propósitos.

Inicial y ejemplo notable de esa clase de trabajo es el manifiesto inaugural de su padre al tomar posesión de la Presidencia de la República. Documento que vale mucho en el orden literario, expresión cabal de un insigne programa de mando, que tuvo resonancia merecida en Hispanoamérica.

Cuando apareció la candidatura de don Fernando Guzmán, el Partido Conservador histórico, que después se iba a adornar con las obras del Presidente Guzmán, se opuso a ello, proclamando la candidatura de don Juan Bautista Sacasa. La causa de su oposición fue que se decía y era verdad que el General Tomás Martínez pensaba conservar la Comandancia General, anulando a Guzmán como mandatario. Guzmán para evitar ese peligro, tomó posesión, casi clandestina de la Presidencia de la República en Masaya. Todas esas circunstancias hicieron más valioso el manifiesto que le redactó su hijo Enrique. Era casi un canto a la libertad a la que proclamaba base del bienestar de los pueblos.

Viaje a Europa

Por la negativa de Guzmán de dar la Comandancia General a su antecesor Martínez, quedaron frías las relaciones entre estos dos próceres, y el Presidente Guzmán, en parte para alejarlo de Nicaragua, y para ver de arreglar el problema geográfico de Nicaragua con las potencias europeas, envió en una misión extensa al General Martínez a Europa, llevando éste como Secretario al ilustre don Emilio Benard.

Mala la oportunidad de esta misión porque acababa de pasar el fracaso de la intervención europea en Méjico con el trágico final del fusilamiento del Emperador Maxi-

miliano. Tanto la Reina Victoria de Inglaterra, como el Emperador Napoleón III de Francia, recibieron muy bien en orden personal al General Martínez, pero le cerraron la puerta a todo trato de cosas en el Continente Americano.

También había que arreglar nuestras relaciones con el Vaticano, porque existía la unión de la Iglesia y el Estado en nuestra Constitución y era de alta conveniencia celebrar un nuevo concordato. A esa misión fue destacado el propio Ministro de Relaciones, doctor Tomás Ayón y como Secretario Don Enrique Guzmán.

Así tuvo ocasión don Enrique de conversar con Su Santidad el Papa Pío IX, santo e iluminado varón. Esa entrevista conmovió el alma inquieta de don Enrique y le sirvió en el curso de su agitada vida de contrapeso a sus rebeldías radicales en las ideas.

La Guerra de 1889

De regreso el General Martínez siguió manifestando su descontento con respecto a Guzmán hasta llegar al rompimiento, uniéndose con el General Jerez en un movimiento revoltoso. Guzmán nombró General a José Dolores Estrada que había regresado del destierro en que estuvo en tiempo de Martínez. Depositó la Presidencia y se puso a la cabeza del ejército. En la batalla de Niquinohomo derrotó totalmente a Martínez y Jerez, teniendo la elegancia de, en el propio campo de batalla, dictar el decreto de amnistía, y comprar por diez duros el fusil que le presentara cada soldado rebelde. Don Enrique fue en esa jornada, Secretario del General José Dolores Estrada, que murió en medio de los acontecimientos. Lució su estilo nuevamente en el orden político militar don Enrique en las proclamas del Presidente Guzmán y del General Estrada, y en la necrología consagratória del héroe de San Jacinto.

Don Enrique, Radical

Nicaragua sufrió una crisis en las ideas por la falta de una enseñanza filosófica de tono católico. Mas que laicismo intencionado fue una oscuridad de ignorancia. El liberalismo como ideal se impuso en las inteligencias. Los dos partidos históricos, el Conservadurismo y el Liberalismo, en verdad eran liberales los dos, con la sola diferencia que estaba en el radicalismo agresivo del partido Liberal, y en el liberalismo moderado del otro. Además se estableció un enciclopedismo en la enseñanza. El pensamiento clásico zozobró lamentablemente.

Don Enrique no heredó el temperamento equilibrado de su padre, sino la exaltación de carácter de su madre. Es liberal pero repudia la moderación. Es un exaltado. Es un intelectual eminente que entrega en plenitud su pensamiento al radicalismo agresivo.

En esta política son unas cifras de gran significación sus relaciones con el General Máximo Jerez. El caudillo liberal era también de educación clásica como don Enrique. Profundo latinista, se complacía en recitar los buenos versos del Latín. Pero según el mismo don Enrique nos dice no era Jerez ni buen escritor ni buen orador. Es

muy posible que el caudillo haya cultivado especialmente su influencia en don Enrique, seducido por su estilo y por la precisión de sus expresiones literarias.

En esas andanzas liberales y sin desprenderse del centroamericanista Jerez, don Enrique recorrió todo Centro América, y en las cinco Repúblicas dejó la huella de su pensamiento radical magistralmente expresado. Pero es indudable que su despierta inteligencia y su penetrante mirada principió a sentir descontento de sus ideas cuando vio de cerca el modo tiránico de gobernar de los hombres principales de su credo.

Don Enrique, Periodista

Para hacerse oír don Enrique no tiene más órgano que el periódico. El no era orador. Jamás brilló por la palabra hablada. En los Congresos donde llegó como representante liberal pasó sin dejar eco. No sólo en Nicaragua, no sólo en Hispanoamérica, sino también en España, esa clase de escritores tenían que usar el papel circulante, ya fuera semanario, ya fuera diario.

Para comprender esta situación de don Enrique lo podemos comparar con Mariano José de Larra, a quien por cierto se parece en líneas del estilo, y de la intención, ya sería ya burlesca. El periodismo, y los seudónimos eran la trinchera de estos luchadores. Larra algunas veces era El Pobrecito Hablador, otras Figaro, pero siempre puro en su estilo, castizo en sus frases, resultaba un modelo de buena literatura. Las colecciones de sus artículos son libros de alto valor que adornan cualquier biblioteca moderna.

Así don Enrique unas veces el Moro Muza, otras el Antón Colorado, pero siempre perfecto en su estilo, castizo, claro y travieso. En el primer tiempo de sus ejercicios de periodista, la sal que derrama sobre su prosa, lo pone mil veces en peligro y lo hizo vagar con sus equipaje de pluma y papel de República en República de este agitado istmo Centroamericano.

Sobre su rica florescencia roja muchas veces prevalecía su verdadera esencia de escritor, produciendo como Larra ensayos, de permanente mérito literario. Tales por ejemplo, la Biografía de don Anselmo H. Rivas, escrita cuando don Enrique era adversario del otro gran periodista nicaragüense, sus dos artículos sobre Jerez, del cual hace un fiel retrato, y el segundo escrito con intención necrológica cuando murió el caudillo en Washington, se puede comparar sin desventaja ninguna con las bellas páginas que escribió Mariano José de Larra a la muerte del Conde de Campoalage. Su artículo, Ni Famélico ni Abyecto, vale como profunda filosofía política.

Don Enrique como Político

Sus actividades como político no podían sujetarse al compás de las reglas partidarias que prevalecían en Nicaragua, y que exigían al ciudadano ser leal a uno de los grupos que actuaban por años haciendo la consistencia de la República. Los programas de los dos partidos históricos de Nicaragua como hemos dicho tenían muy poca

diferencia. Don Enrique en los movimientos naturales de su agitada vida evolucionó con gran sinceridad hacia el catolicismo. Fue un verdadero convertido religiosamente. Una vez convencido de que la verdad residía en la doctrina de la Iglesia, se le impuso, por la misma educación clásica el evolucionar hacia el conservatismo. Pero en ese Partido, no le satisface la simple moderación en la marcha liberal de la idea. El quiere un conservatismo reaccionario, fuerte, enraizado en las esencias mismas de la raza, intransigente en sus modales. Pasa a ser ahora un exaltado anti-liberal, como fue ayer un exaltado radical.

Entonces entra en relaciones estrechas con su antiguo adversario don Anselmo H. Rivas y colabora en la redacción de El Diario Nicaragüense. Los editoriales que escribe en ese periódico son un modelo en cuanto a sus razonamientos, en cuanto al valor clásico de su literatura; es el hijo de don Fernando Guzmán con el don de la palabra escrita, pero al mismo tiempo maneja la sal de la burla de que son famosos todos los Selvas en la sociedad nicaragüense. Don Enrique inventa un género nuevo: La Gacetilla. Consiste éste en recoger en breves palabras una noticia, o a un personaje, y clavarlo ante la expectación pública con el estilete de una burla fina, hiriente y a veces hasta mortal para la reputación del adversario.

Poco afortunado en política, en estas nuevas actividades literarias que corren por varios periódicos y su vida se torna accidentada. Contempla la caída del Partido Conservador, y don Enrique en una nueva fase vuelve a vagar por todo Centro América; es el exilado que regocija con su estilo, que maneja la pluma como un arma, que no siempre encuentra la simpatía, y se ve obligado a saltar a otra República.

Es una larga y amarga jornada de don Enrique, que siguiéndola, vale por una parte valiosísima de la historia de Nicaragua. En todo momento se revela el escritor clásico, el estilista delicado cuya presa servirá permanentemente de modelo en las alturas de los mejores escritores hispanoamericanos. Por ejemplo, las polémicas que sostuvo con el seudónimo de El Moro Muza con otro purista de la lengua, el doctor Manuel Coronel Matus que escribía con el seudónimo de El Bachiller Sansón Carrasco y que se intitulan Tiquis Miquis Gramaticales; son bellas lecciones de un Castellano puro, agradable en sus líneas, ondulado en su trayecto, sujeta a la máxima clasicista de Cicerón, instruye divirtiendo.

Algunas personas critican a don Enrique como escritor, porque aseguran que nunca emprendió obra de mayor aliento, teniendo capacidad suficiente para hacerlo. Me parece injusto el cargo. La obra de don Enrique resulta de aliento para quien la estudie hoy, pero anda dispersa por la razón sencilla de que todo lo eminente de nuestras letras anda disperso. Sin embargo la Academia Española, conocedora de esa obra tan hispanoamericana de don Enrique le concedió el alto honor de hacerlo, motu proprio Académico Correspondiente.

Trascribimos para la consagración del escritor nicaragüense el título otorgado por La Academia.

LA ACADEMIA ESPAÑOLA atendiendo a los conocimientos lingüísticos méritos literarios y demás circunstancias recomendables del señor don Enrique Guzmán, se ha servido nombrar en junta del 19 del mes actual individuo suyo en la clase de Correspondiente Extranjero

Y para que lo pueda hacer constar se le expide este diploma firmado por el Excmo. Sr. Presidente accidental, refrendado por el Ilmo. Sr. Secretario y autorizado con el sello mayor de la Academia.

Dado en Madrid a veinte de noviembre de mil ochocientos noventa y uno.—El Presidente Accidental, Aureliano F. Guerra. — El Secretario, Manuel Tamayo y Baus.

Real Academia Española

A propuesta del Excmo. Sr. D. Manuel Cañeta, del Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce y del que suscribe la Real Academia Española nombró a V. S. en junta celebrada anoche, mediante votación secreta, individuo de esta Corporación en la clase de Correspondiente Extranjero dando así testimonio de apreciar justamente los conocimientos de V. S. en lingüística y letras humanas.

Tengo a honra y dicha comunicarle a V. S. para su satisfacción, remitiéndole al propio tiempo el diploma del expresado cargo.

Dios guarde a V. S. muchos años.

Madrid, 20 de noviembre de 1891.

El Secretario
MANUEL TAMAYO Y BAUS

Don Enrique, Satírico

Por un lado, cuando don Enrique eleva su producción a las dimensiones, y a la profundidad de pensamiento del ensayo, es un completo triunfador en la alta esfera literaria; pero cuando en las mismas páginas suelta la sátira, es hiriente, puntiagudo y filoso, y despierta la cólera con sus burlas, al extremo de haber sufrido por ellas graves percances.

En una polémica con su primo don Carlos Selva, periodista de altos kilates también, ambos se injurian, y don Enrique una tarde azota a su contrincante, porque él era fuerte y vigoroso. Carlos Selva piensa en la venganza y busca la ocasión de matar a don Enrique.

Un día en el barrio La Sirena de esta ciudad de Granada se daba una comida de gala por la colonia española, para celebrar el cumpleaños de Alfonso XIII. Don Enrique acompañado de su amigo don Faustino Arellano iban vestidos de gala al banquete. Pero en la acera del Parque le salió Carlos Selva armado de un revólver y le disparó los cinco tiros. Lo hirió de gravedad y lo dejó renco para el resto de su vida.

Bastantes años más tarde, ya en la segunda época política de don Enrique, viviendo exilado en San José de

Costa Rica, publicaba junto con otro escritor notable, Pedro Ortiz, un periódico llamado El Día. En una de tantas escribió una burla fuerte contra uno de los personajes de gran valía en Costa Rica; y muy ofendidos los costarricenses, un grupo condenó a muerte a los dos periodistas.

Una tarde don Enrique y Pedro Ortiz fueron a una carpintería para encargar una mesa que les haría falta en su sala de redacción. Por un mal informe fueron a una carpintería que se ocupaba exclusivamente de cosas fúnebres, ataúdes etc. Los dos escritores riéndose de su propia equivocación exclamaron: Nada hacemos aquí, dicho-samente no necesitamos ataúd.

No habían andado doscientas varas cuando le salió al paso el asesino. Les disparó con certeza y a don Enrique le atravesó un pulmón y a Pedro Ortiz el vientre. Mucho tiempo estuvo don Enrique entre la vida y la muerte, pero era sujeto vigoroso y salió triunfante. En cambio Pedro Ortiz murió al día siguiente, y ocupó la fábrica de ataúdes que había visitado y dado lugar a la broma trágica.

A pesar de semejantes lecciones don Enrique no abandonó nunca su doble estilo, del vuelo alto en sus ensayos literarios, y de la sátira mordaz que se le escapaba por la punta de la pluma al correr con gran facilidad sobre el papel.

Pero en todos estos ejercicios la calidad excelente de su carácter como escritor y como ameno conversador, la informaron la decencia y la independencia, que nunca declinaron en su ánimo. Fue decente aún para transitar por el error. Cuando yerra al expresar una idea fue siempre por haberse precipitado libremente en lo falso, sin hacer concesiones a influencias exteriores, o a estímulos vergonzosos de la venalidad. Una vez poseído de una idea la vierte con ánimo libre suena como sonare a unos y a otros; y lo que pudiera parecer como contradicción entre lo que dijo temprano, y lo que dijo al atardecer de su vida, no es más que el resultado de su soberana independencia que no admitía cortapisas para su pluma.

Don Enrique en la Sociedad

Don Enrique Guzmán tenía el ser y la elegancia de un aristócrata de noble y desenvuelta presencia, de finos modales, circunspectos y muy ameno conversador. Esmeradamente limpio, vestía con mucha corrección, aún en los años de su ancianidad. Cuando él llegaba a un club, o cualquier otro lugar de pública reunión, inmediatamente se formaba tertulia en su alrededor.

Era muy aficionado al juego de naipes; en el Club Social de Granada todas las noches se le veía jugando; sabía perder. No perdía la cabeza en los riesgos de una partida, ganara o perdiera, y amenizaba la mesa con su ingenio y donosura.

Fue siempre enamorado. En su juventud tuvo éxito de tenorio. Fueron famosas en las crónicas políticas y sociales sus amores con una alta dama de León. Mujer de distinguida familia y de suma belleza. Se le entregó

totalmente; tuvo con ella una hija mujer, y lo seguía dulcemente enamorada por sus pasos literarios y políticos.

En este punto de amores y seducciones perdió el equilibrio de su lúcida inteligencia, con la intención de querer seguir en la ancianidad sus pasos de tenorio, sin fijarse que la facultad de seducir sucumbe con la juventud. No tuvo el clásico la visión a este respecto del poeta rebelde Rubén Darío, que dijo:

Juventud, divino tesoro,
te fuiste para no volver!
cuando quiero llorar, no lloro .
y a veces lloro sin querer.

Y sin embargo encerrado en los límites de su hogar consistente y virtuoso, fue buen padre de familia. Casó con una mujer también muy bella, y en punto amores aficionada a las letras, y viuda de un poeta y vuelta a casar con un gran prosista. Don Enrique fue tierno con ella, y atendió constante, y por sobre todas las agitaciones de su vida a la educación de sus hijos.

Es curioso notar, que exceptuando al mayor de sus hijos, que tuvo alta figuración política, que se llamó Fernando y fue vera efígie de su abuelo, el otro hijo varón y todas las mujeres heredaron la agudeza y travesura de ingenio.

Es un éxito curioso que don Enrique de vida tan agitada y revuelta haya podido fundar, regir y mantener dentro de la virtud y la corrección a su familia. Casi siempre los hombres de ese temperamento fracasan en este esencial respecto de la vida y de la sociedad.

Don Enrique y Rubén Darío

Indudablemente don Enrique Guzmán desconoció el alto valor literario del que es hoy el poeta máximo de Hispanoamérica. La entrevista que el mismo don Enrique nos relata en su diario, que tuvieron en San José de Costa Rica, los dos hombres de altura en Nicaragua, el clásico y el innovador, revela no sólo menosprecio de la poesía de Darío, sino también antipatía por el personaje.

El caso de la lucha, llamémosla así, entre don Enrique y Darío es muy parecida a la de los grandes poetas españoles Góngora y Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios cuyo centenario se está celebrando en este año Góngora pertenecía a la alta aristocracia española y menospreció al Fénix. Lope de Vega era de extracción humilde y se defendió con inaudito coraje contra aquel magnate por la sangre y por las letras. El triunfo fue del humilde en toda la línea. Fue una producción la suya que alcanzó grados de inundación de agua viva en el más alto orden de la literatura.

Rubén Darío apetece el sello de don Enrique sobre sus primeras letras, casi lo mendigaba, y don Enrique que en Nicaragua era como Góngora, magnate por la sangre y por las letras, lo menospreció, se burló de él con su sátira cáustica. Fue tal la conmoción que Rubén produjo en el idioma Castellano, que un crítico español Valbuena, de agresividad igual a la de don Enrique, que usaba la sátira implacable, después de haber criticado Poetas Guatemaltecos, usó esta frase desdenosa contra Rubén: "Pasemos ahora de Guatemala a Nicaragua; que en poesía, es pasar de Guatemala a guatepoor".

Además puede ser que la antipatía de don Enrique

por Rubén Darío haya tenido por raíz no sólo la severidad clásica, sino también cierto jugo amargo de nuestra política casera. Muchos en Nicaragua se pronunciaron contra Rubén, algunos hasta osaron ridiculizarlo, porque lo creían un servidor abyecto del dictador Zelaya. No comprendían que el genio de Rubén lo hacía flotar en las nubes por sobre todas nuestras miserias partidistas.

Pero don Enrique mantiene por años, por décadas su censura clásica al gran poeta innovador. Ya Rubén es el águila caudal que voló sobre todo Hispanoamérica y España, y sin embargo, todavía apetece la aprobación de don Enrique y le dedica un tomo de sus obras insignes con estas palabras: "Agradeciéndole en mi edad madura las lecciones que me dio en su crítica en mi juventud". Pero don Enrique no baja el dedo índice, y sigue impugnando al poeta, condenándolo y creo que se puede aplicar la palabra, blasfemando contra su gloria.

Ya Rubén era un consagrado por los grandes críticos españoles, como Juan Valera y Menéndez Pelayo, cuando don Enrique lo negaba, lo infamaba en el orden literario, en varias polémicas con el padre Casco, con don Mariano Barreto y con otros escritores que le cantaban en revistas literarias de León, ciudad tenida por capital de las letras en Nicaragua.

Son dos cumbres de la literatura nicaragüense en pugna. El clásico excesivamente severo que estima atentado imperdonable todo lo que fuere romper el ritmo, la técnica, el compás de la poesía clásica. Aquí también nuestro Góngora, elegante en el decir, aristócrata sin discución, es dejado atrás por el nuevo Fénix, que se alza como un águila caudal, desde una aldea nicaragüense para tener resonancia vencedora, iluminadora en todas las partes en que se hable Español.

Sin embargo, el poeta vencedor, monarca consagrado de un nuevo género literario, que se ilusiona con aires de marqués, en regresos a sus años juveniles que todos los hombres tenemos, ansia por un aplauso de don Enrique y se encoge tímido ante su crítica. Es este un fenómeno muy humano, en que renacen y dominan al ánimo varonil las ilusiones y los temores de la primera juventud. Pero el clásico no cede, e insiste, contra el general clamor, en alzar la mano que excomulga.

Resumen Final

Expuestos todos los datos graneados que hemos recogido y examinado, deseamos quedarnos un rato a solas frente a la silueta definitiva de don Enrique. Nos preguntamos que fue verdaderamente don Enrique en la esencia de su persona que tuvo tantas faces y variantes, y la contestación es cabal: un escritor.

Su inteligencia esclarecida por naturaleza, se robusteció en la formación clásica de sus estudios. La inquietud de su pensamiento, bajaba en corriente a veces serena, otras embravecida e impetuosa, y dominada por el buen humor saltarina por la burla, hacia la punta de su pluma. Ahora resuenan vagamente esas excelentes producciones en los débiles ecos literarios de nuestra patria. El estudioso que para en ellos, aplaude sin reservas y se explica las tempestades de la vida del autor.

Resumiento, llegamos a la consecuencia de que se impone una selección de sus artículos, distribuidos formalmente entre los serios y los festivos, y rubricada con el título de Obras Completas de don Enrique Guzmán.